

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JULIO—NÚM. 17 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V.—1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO.

El ciprés del Generalife. por L. M.—Á las nubes, poesía por C. C.—Calvario y redencion, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—La voz de una hija, poesía, por C. C.—Casilda, por Antonio de Trueba.—Santificar las fiestas por X.

## EL CIPRÉS DE GENERALIFE

(Continuacion.)

Importante noticia debia contener esta, pues se le vió contraer los labios y arrugar la frente, señal de una vivísima agitacion, y apenas concluyó de leerla, llamó á su escudero Ferran y le dijo: «Avisa al alcaide de los Donseles, á don Alonso de Aguilar, y á D. Manuel Ponce de Leon, y diles que me hagan el favor de venir al punto.»

Pocos momentos habian pasado cuando aparecieron los tres esforzados guerreros y se acercaron á D. Juan Chacon, el que les dijo: «Á mi tienda, señores, pues tengo que comunicaros nuevas de la mayor importancia.»

Siguiéronle en efecto, y apenas tomaron asiento, sacó D. Juan del limosnero una carta, la que desplegó y presentó al alcaide, el que la leyó en esta forma.

*La infeliz y desgraciada sultana reina de Granada, del ilustre Moragzel hija; á tí D. Juan Chacon, señor de Cartagena: salud.*

«La noticia que hasta aquí ha llegado, de vuestro valor y de vuestras virtudes, han impulsado á una reina desgraciada, ultrajada en lo mas vivo de su honor, á acudir á vuestro amparo y generosidad. Sabed, ilustre caballero, que irritados los jefes de las tribus de los Zegries y Gazules y Mazas, de la preferencia que tanto yo como toda la corte hacíamos de los de la tribu de los Abencerrajes, en razon á sus virtudes y valentia, han llegado á persuadir al rey, de que aquellos son traidores; y que..... ¡oh colmo de iniquidad.....! y que yo daba acogida á las amorosas palabras de uno de ellos, violando con ajeno varon el tálamo de mi real esposo.

«El rey, en el primer ímpetu de su cólera mandó llamar á todos los caballeros de su tribu bajo un falso pretexto, al real alcázar, y conforme iban entrando los degollaban de su orden y á su presencia; en el salon inmediato al patio de los leones. Treinta y seis han perecido de esta suerte, y la raza hubiera sido completamente exterminada, si el pajecillo de uno de ellos no hubiera visto la triste suerte que á los restantes



les estaba reservada, y no les hubiera avisado. Con semejantes noticia armaron á sus parciales, y atacaron la Alhambra; estando muy á pique la ciudad de convertirse en una espantosa carnicería, que afortunadamente pudo evitarse, mas no que toda la cólera del rey cayese sobre la desdichada que os implora.

«El rey mi señor de acuerdo con sus pérfidos consejeros han dispuesto que dentro de quince dias se celebre el juicio de Dios en el palenque que se formará en la plaza de Bib-Rambla, en el que serán los mantenedores los cuatro Zegríes que me han acusado, y seré quemada viva en una hoguera si en este tiempo no presto campeones que defiendan mi inocencia.

«Esta es mi triste situacion, ilustre D. Juan; á vos acudo persuadida de que no desoiréis las plegarias de una dama; á vos acudo, pues tengo una seguridad en los caballeros cristianos que en ningunos otros, por su indomable valor y por su galantería: socorredme en tan lamentable cuita, vos y aquellos amigos á quienes juzgueis oportuno dar noticia de ella para que os acompañen, seguro de que hareis una accion virtuosa socorriendo á la inocencia calumniada, y conquistareis la voluntad y agradecimiento de la desventurada reina de Granada»

*Moraima.*

—¿Y quien vacilaria en socorrerla? dijo don Manuel Ponce de Leon; vamos á Granada al punto, y cuando haya sepultado mi tizona en el pecho de sus calumniadores, le obligaré á que preconice su inocencia; cuenta conmigo.

—Y conmigo, dijo D. Alonso de Aguilar; pues no puedo creer tan fea accion en tan noble mujer.

—Y conmigo, añadió el alcaide de los Donceles; pues aunque mora, es una reina afligida por tan vil ultraje, y es propio de caballeros de calidad, deshacer el agravio donde quiera que lo encuentre.

—Gracias, amigos mios, gracias contestó don Juan Chacon: no esperaba menos de vuestro valor y de vuestra amistad.

—Una dificultad me ocurre, repuso Aguilar, y es que no podemos ir sin licencia del rey.

—No hay necesidad de ella yendo en secreto, contestó el alcaide de los Donceles.

—Basta ya de hablar mas sobre el particular, exclamó el esforzado Ponce de Leon; dispongamos nuestras armaduras, y al anochechar saldremos de Talavera sobre nuestros caballos de batalla, y mediante el auxilio de la Virgen Santísima,

venceremos á los calumniadores, y proclamaremos la inocencia de la afligida Moraima.

—Pienso, contestó el prudente alcaide, que será mejor difrazarnos de turcos á fin de no ser conocidos en Granada, ni de los esclavos cristianos, ni de los guerreros moros, que mas de una vez han visto nuestros rostros en medio de las batallas, y han sentido las puntas de nuestras espadas en sus costados.

—Difracémonos, contestó Chacon, y Santiago nos ayude en tan arriesgada empresa.

—Hasta mañana, contestaron los tres esforzados adalides del ejército de Fernando V.

### III.

Inmenso gentío coronaba las ventanas, miradores y azoteas de la anchurosa plaza de Bib-Rambla una mañana del mes de Julio, é inmensa era la concurrencia que asomaba por las calles que en ella desembocan, venida de la vega, de la sierra y de todo el reino á ver el juicio de la reina, pues habia espirado el plazo que los jueces la dieron para su defensa. Guardaban las entradas, conteniendo las oleadas del turbulento pueblo que pugnaba por penetrar en la plaza, fuertes destacamentos de Zegríes, Gomeles y Mazas, que á duras penas podian conservar el orden. En uno de los frentes de la plaza habia un altísimo tablado sobre el cual se alzaba un estrado cubierto de paños negros y bastos en el que debia permanecer la reina, que en otros de brocados de seda y oro habia presidido las cañas y justas mantenidas en su honor poco tiempo hacia: en un lado del tablado habia un segundo estrado para los jueces; y al extremo de la plaza habia una hoguera encendida, en la que habian de quemar á la infortunada Moraima, si en aquel dia no se presentaban sus caballeros á combatir en el palenque que estaba al pié del tablado, con los cuatro mantenedores de la acusacion.

Grande eafervescencia habia reinado aquella mañana entre las tribus de los Almoradíes, Almohades; Aldoradines, Gazules, Venegas, Alabeces y Marines, los que habian proyectado arrancar á la reina á viva fuerza de las manos de sus verdugos y dar de puñaladas al rey embistiendo en seguida con sus rivales los Zegríes y sus parciales; pero contenidos por Muza, hermano de Abo-Abdhali, se contuvieron por no empeorar la situacion de la ciudad demasiado dividida por sus querellas interiores; sin embargo, se presentaron con fuertes armas debajo de sus marlotas de lutos, resueltos á romper aquel



dia con sus enemigos, y cambiar de monarca al par que satisfaciesen rencores antiguos y mal apagados.

Serian las ocho de la mañana, cuando entró en la plaza la litera en que venia la reina y su esclava Esperanza de Hita, que era la que la habia impelido á pedir auxilio á los caballeros cristianos. Á su aspecto prorumpieron en hondos sollozos y en amargas lágrimas todos los espectadores, al par que maldecian la crueldad del rey y las intrigas de los Zegries. Todos los ilustres jefes de las tribus amigas de los desgraciados Abencerrajes, se colocaron al rededor del tablado, al que subió la reina con su esclava; al propio tiempo que Muza, un Azarque y un Almoradí nombrados jueces del campo por Abo-Abdhali, acupaban sus respectivos sitios.

A pocos momentos se oyeron sonar las trompetas, y aparecieron despues los cuatro acusadores de la reina armados de punta en blanco, cabalgando sobre poderosos caballos de batalla: sobre las armas llevaban marlotas moradas, y del mismo color eran los pendoncillos y las plumas. En las adargas, llevaban unos alfanjes teñidos en sangre con esta letra: *Por la verdad la derrama*. Adelantáronse acompañados de sus parciales los Zegries, Gomeles y Mazas, y penetrando en el palenque en medio del sonido de los añafles y atambores, colocáronse estos á la izquierda del tablado, y delante de él Mahomet Zegrí, Hamete Zegrí, Mahomad Gomel, y Mahandin, mantenedores de la acusacion.

(CONCLUIRA;)

L. M.

## A LAS NUBES.

¡Cuán bellas sois, las que sin fin vagando  
En la espaciosa altura,  
Inmensas nubes, pabellon formando  
Al aire suspendido,  
Inundais de tristura  
Y de placer á un tiempo mi sentido!

¡Cuán bellas sois, bajo el azul brillante  
Las zonas recorriendo,  
Ya desmayando leves un instante  
Entre la luz perdidas,  
Ya el sol oscureciendo  
Y con su llama ardiente enrojecidas!

Y ya brillais como la blanca espuma  
En las olas del viento,  
Y ya fugaces como leve pluma,  
Y de sombras ceñidas,  
Cruzaís el firmamento,  
Las pardas frentes de vapor henchidas.

¡Cuán dulce brilla en su mortal desmayo  
Rompido en vuestro seno  
Del sol ardiente el amarillo rayo!  
¡Y cuán dulce y templado  
El resplandor sereno  
Del astro de la noche sosegado!

Y ¡cuánto, oh! nubes, vuestro errante giro  
Place á mi fantasía!  
Triste y callada y solitaria os miro  
Flotar allá en el viento,  
Y por celeste vía  
Melancólico vaga el pensamiento.

Y yo os adoro, si; con tibio anhelo  
Adormís las centellas,  
El vivo sol en el tendido cielo;  
Si en delicioso manto  
Velais de las estrellas  
Y la pálida luna el triste encanto.

¡Oh! yo os adoro, del espacio inmenso  
Deidades vagorosas!  
No cuando hirvientes desde el seno denso;  
En ronco torbellino  
Arrojais espantosas  
Vívidas llamas del furor divino.



¡Ay! que medrosa entonces se ahuyentara  
 La inspiracion sublime!  
 Ni cantando la cítara ensalzara  
 Del cielo la belleza,  
 Cuando mi sien oprime  
 Nubloso manto de mortal tristeza.

Muda contemplo, de pavor cercada  
 La turba misteriosa  
 Que en pos del huracan revuela osada.  
 Así errante la vida  
 Se arrastra lastimosa  
 A la senda fatal do el mal se anida.

Allá en la inmensidad os mueven guerra  
 Furiosos aquilones:  
 Así de desventuras en la tierra  
 Nos cerca turba insana;  
 Así de las pasiones  
 Es juguete infeliz la vida humana.

Ella vária tambien la faz ostenta,  
 Y brilla y se oscurece,  
 Y cual vosotras rápidas se ahuyenta;  
 Y es nube que exhalada  
 El aire desvanece  
 En la corriente de la triste nada.

Mas ¡ay! vosotras revogad en tanto  
 Que la cítara mia  
 Os pueda consagrar su débil canto.  
 Del sol al rayo bello  
 Tended el ala umbría,  
 Y apacible volvedme su destello

Y dadme inspiracion: yo mis cantares  
 Daré á vuestra hermosura,  
 Las que sorbeis el agua de los mares,  
 ¡Vagad tranquilamente  
 Con nevada blancura  
 En la encendida cumbre del Oriente!

C. C.

## CALVARIO Y REDENCION.

### CARTAS DE TRES HERMANOS.

Maria de Ossorio á su hermano Fabian.

Bendigo á Dios con todo mi corazon, amado hermano mio, pues al fin la suerte se cansa de perseguirnos, y vas á volver á ocupar en la sociedad el rango que te pertenece. Tambien le doy gracias fervorosas, pues me ha dejado comprender lo que vales, y la grandeza de tu alma,

Me pides consejo, esperas que te dé mi opinion para decidir si aceptas ó nó las proposiciones de ese hombre. ¡Ay! Fabian mio, ¿qué puedo yo decirte á tí, tan noble y generoso, á tí cuyo corazon olvida el agravio ya?

¡Oh! entre los divinos atributos que hacen grande y adorable á Dios, el que mas sobresale entre todos, es su infinita misericordia!

¡Procuremos imitarle; procuremos seguir su ejemplo! Él amó, y perdonó y dió la vida por sus enemigos, ¿qué podemos hacer nosotros mas agradable á sus ojos, que perdonar y olvidar tambien?

Además, la venganza es odiosa, y sobre todo, si se lleva á cabo sobre un infeliz indefenso y arrepentido. Ese hombre dices que lo está: déjale pues que llore su culpa, déjale pues borrarla con lágrimas, y piensa solamente que cuanto mayor es la ofensa, es mas grande el que la perdona!

Sí, hermano mio, sí, deja el cuidado del castigo á Dios, juez único y sábio, y potente, que cuenta los latidos de nuestro corazon, y lee el mas oculto de nuestros pensamientos.

¡Dios! ¡cómo este nombre eleva el espíritu sobre los dolores y las miserias de la vida! qué santa paz, qué quietud tan sublime derrama en el alma que le invoca y acude gimiendo á Él ¡oh! ¡quién podria darnos la palma en los secretos combates del corazon, quién contaria los triunfos y engrandecería la victoria, si no hubiese un Dios, si no hubiese un cielo!

¿Porqué, separemos nuestra vista de ambos para fijarla en los objetos de la tierra? porqué buscaremos aquí tan vanamente la felicidad, si



a felicidad eterna y segura reside tan solo al otro lado de la tumba, reside tan solo en la inmensidad.

Oh! yo hé pensado, yo pienso de continuo en todo esto, y á tí que eres mi hermano, á tí que has leído uno por uno los sentimientos de mi corazón, como las páginas de un libro, á tí que eres el jefe de nuestra familia, voy á pedirte una gracia, un supremo bien!

Hay una institucion de nobles y piadosas mugeres, que con el alma llena de amor recorren el mundo en busca de los desgraciados. Su corazón es un oceano de santa ternura, ensanchado cada dia por las lágrimas de los desventurados que hallan á su paso en el camino de la vida, y ¡ya ves, hermano mio, ya ves si hay desventuras en la tierra!

Este amor que las guia, este fuego que las anima, ha traspasado los dinteles de todo lo humano, de todo lo terreno, y por eso no se llama amor, se apellida caridad. Con el heroismo por norte, con la abnegacion por divisa, olvidan los dolores propios para consolar los ajenos, no piden ni esperan felicidad alguna para sí, por que su felicidad consiste en la dicha ajena. ¡Oh! Fabian mio, hermano querido, yo quiero pertenecer al número de esas mugeres! yo quiero separar mi pensamiento de la tierra para fijarlo solo en Dios. En la senda de la vida solo hay espinas y abrojos y lágrimas, deja que la cruce con firme planta, sin pedir nada á los que nada pueden darme, sin esperar nada de los que nada puedo esperar!

¡Ay! ¡si supieras qué santas expansiones, qué sublimes alegrías encuentra el espíritu en esta santa mision!

Cuando sentada junto á Doña Juana, junto á esta triste anciana tan poco feliz en medio de su opulencia, tan pobre de afectos en medio de su riqueza, descorro ante su vista los tesoros de amor, de esperanzas, de consuelos que se ocultan tras de esa bóveda azul que cubre nuestras cabezas y atrae nuestras miradas, casi me creo dichosa, por que la hermosa luz que quiero derramar en su alma, ilumina tambien la mia, por que la santa esperanza que quiero infundirle acaricia á la par mi frente, por que al separar sus aspiraciones de los mentidos encantos de la tierra, mis ojos ven su pequeñez y se levantan á los cielos.

Ayer hemos recibido noticias de sus hijos: Amelia parece muy cambiada, quiere hacer un largo viaje al extranjero, pero antes ofrece á su madre venir á verla; Dios quiera que llegue á tiempo de recibir su última bendicion, pues esta vida se estingue.

Tambien á mi me escribe. Tambien esta muger tan orgullosa y frívola antes, me dedica sus pensamientos, me ofrece su cariño, y me trata, no solo como á una igual suya, sino con respeto y admiracion. Y sin embargo, ella debia aborrecerme!

Con esta carta te mando tambien la suya. Quiero que veas hasta que punto ese corazón helado y frio hasta ahora, se ha tornado en grande y noble y apasionado.

Tampoco el doctor San Roman me olvida. Tambien el noble y sabio anciano piensa venir á verme, piensa acompañar á Horacio y á Amelia cuando vengan aquí. En su carta me parece traslucir algo que me alarma en extremo. Temo que Horacio quiera realizar su proyecto de alejarse de Amelia, y que al venir con ella se aparta de ella al lado de su madre, para dejarla para siempre! Oh! esto seria terrible! las dos vivirían entonces muy desgraciados, y yo... yo no encontraria en adelante consuelo ni paz, y el claustro y el velo no serian bastantes á ocultar mi dolor.

Oh! ¡hermano mio, vuelve pronto, ya que has conseguido el objeto que te detenia en Londres, vuelve pronto y quizá tu presencia podrá disipar las sombras y las dudas que me cercan doquiera. Vuelve pronto, accede á mi peticion, y así, ya que no ventura, encontraré á lo menos la calma y la paz.

Perdona que derrame una sombra de pesar en la alegría que debes sentir, perdona que haga flotar una nube en el cielo de ventura que empiezas á entrever, pero, tal es la vida! por eso no hay sol sin ocaso ni flor sin espinas á nuestro alcance.

Devuélveme la carta de Amelia, despues de leerla con detencion, y tu que sabes mi vida entera no culpes nunca de las desgracias que hay en torno de tu pobre hermana

(Continuará.)

MARÍA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.



## LA VOZ DE UNA HIJA.

Imágen pura, deliciosa y tierna,  
Constante amiga de mi blando sueño;  
Tú la que ofreces á la vida mia  
Paz y ventura,

Imágen bella de la dulce madre,  
Que un Dios me diera, de mi bien celoso;  
Nunca del alma tu inefable hechizo  
Viera lejano,

Siempre el amante corazón te abriga;  
Siempre bendice tu apacible encanto,  
Y de ternura tu memoria siempre  
Viva le inunda.

¡Oh! ¡cuánto el cielo sus preciosos dones,  
Mi cara madre, y su bondad revela!  
Su inmensa gloria en tu sagrada imágen  
Luce divina.

Que es una madre la perfecta hechura  
Con que el Eterno coronó sus obras;  
Solemne ofrenda á la natura haciendo,  
Digno presente.

Que es una madre de la tierra amparo,  
Supremo alivio de angustiosas penas;  
Bálsamo santo del pesar amargo,  
Tierna delicia.

¡Ay! del que huyera el maternal regazo!  
¡Ay! del que ingrato su amoroso abrigo!  
Desdeña injusto, y la horfandad anhela!  
¡Ser infelice!

Suerte funesta su vivir preside;  
Su prez esquivá el indignado cielo,  
Nunca á sus ojos la benigna aurora  
Plácida brilla.

Mas yo dichosa, que á tu lado miro  
Beber el tiempo mis tranquilas horas,  
Si lloro, madre, si mi vida empaña  
Nube sombría,

Deja en tu seno protector, amigo,  
Deja que ardiente la mejilla esconda,  
Que hundir mis penas y enjugar mi llanto  
Sabes tú sola.

C. C.

## CASILDA.

(CONTINUACION.)

El oro era para seducir á los carceleros, y las  
viandas eran para alimentar á los cautivos.

Oro y viandas recataba con la falda de su vestido, cuando al volver una calle de rosales tropezó con su padre, que tambien habia salido á distraer allí sus melancolías.

—¿Qué haces aquí tan temprano, luz de mis ojos?

La princesa se puso colorada, como las rosas que mecía á su lado el aura de la mañana, y al fin contestó á su padre:

—He venido á contemplar estas flores, á oír trinar estos pájaros, á ver el sol reflejarse en estas fuentes, y á respirar este ambiente perfumado.

—¿Qué llevas envuelto en la falda de tu vestido?

—Padre y señor, llevo rosas que he cogido en estos rosales.

Y Almenon, dudando de la sinceridad de su hija, tiró de la falda del vestido de la niña, y una lluvia de rosas se derramó en el suelo.

## IV

Pálida estaba la niña, pálida como las azucenas de los jardines del rey moro su padre.

Cuenta la historia que apenas quedaba sangre en las venas de Casilda, porque todos los días



coloraba, arrojada á borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

Pálida estaba la niña, y el rey moro se moría de pena, viendo morir á su hija.

La ciencia de los médicos de Toledo no acertaba á devolver la salud á la princesa, y entonces Almenon llamó á su corte á los mas afamados de Sevilla y Córdoba.

Pero si impotente habia sido la ciencia de los primeros, impotente era tambien la ciencia de los segundos.

—¡Mi reino y mis tesoros daré al que salve á mi hija!—exclamaba el pobre moro, viendo á Casilda próxima á exhalar el último suspiro.

Pero nadie acertaba á ganar su reino y sus tesoros, que la sangre continuaba colorando, arrojada á borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

—¡Mi hija se muere!—escribió el rey de Toledo al rey de Castilla.—Si en vuestros reinos hay quien pueda salvarla, que venga, que venga á mi corte, que yo le daré... mis reinos, mis tesoros, y hasta le daré mi hija.

## V

Por los reinos de Castilla y de Leon sonaban pregones anunciando que el rey moro de Toledo ofrecia al que devolviera la salud á su hija, su reino y sus tesoros, y hasta la hija cuya salvacion anhelaba.

Y cuentan que un médico venido de Judea se presentó al rey de Castilla ofreciéndole tornar la salud á la princesa mora.

Y era tal la sabiduria que brillaba en las palabras de aquel hombre, y tal la fe que inspiraba la bondad que resplandecía en su rostro, que el rey de Castilla no vaciló en darle cartas, asegurando á Almenon que le enviaba con ellas el salvador de la princesa Casilda.

Apenas el médico venido de Judea tocó la frente de la niña, la sangre cesó de correr y el color de la rosa empezó á asomar en las pálidas mejillas de la enferma.

—¡Tomad mi reino!—exclamó Almenon, loco de alegría y llorando de agradecimiento.

—Mi reino no es de este mundo,—respondió el médico venido de Judea.

—¡Tomad mi mayor tesoro!—repuso el rey de Toledo designando al médico su hija.

Y haciendo una señal de aceptacion el médico, extendió la mano hacia Castilla y dijo:

—Allí hay unas aguas purificadas que han

de completar la salvacion de la virgen musulmana.

Y al dia siguiente la princesa Casilda pisaba la tierra de los nazarenos, acompañada aún del médico venido de Judea.

## VI

Casilda y el médico venido de Judea caminaban, caminaban, caminaban por la tierra de los nazarenos, y al fin se detuvieron á la orilla de un lago de aguas azules.

El medico tomó algunas gotas de agua en el hueco de la mano, y exclamó, derramándolas sobre la frente de la princesa:

—*En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, yo te bautizo!*

Y la princesa sintió un bienestar inefable, parecido al que allá en su niñez le habia contado la esclava nazarena que sentian los bienaventurados en el Paraíso.

Y sus rodillas se doblaron, y sus ojos se fijaron en la bóveda azul del cielo, y en torno suyo resonaron dulcísimos *hossannas* que la hicieron volver la vista á su alrededor.

El médico venido de Judea no estaba ya á su lado, que cercado de vívidos resplandores se elevaba hacia la bóveda azul del cielo.

—¿Quién eres, señor, quién eres?—exclamó la princesa, atónita y deslumbrada.

—Soy tu esposo, soy el que dió la salud á la hija de Jario, que padecía el mal que tú padeciste; soy el que dijo: «Cualquiera que dejase casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.»

En la orilla del lago azul, que hoy llaman de *San Vicente* y está en tierra de Briesca, hay una pobre ermita, donde vivió solitaria la hija del rey moro de Toledo, que hoy llaman *Santa Casilda*.

Antonio de Trueba.



## SANTIFICAR LAS FIESTAS.

Hace pocos años que uno de los ilustres Arzobispos franceses, Cardenal de la Santa Iglesia, apesadumbrado al ver que se iba generalizando mas y mas todos los dias en la ciudad la profanacion de los dias festivos, estudiaba el medio mas á propósito para hacer cesar, ó cuando menos mejorar un estado de cosas tan deplorable, cuando le ocurrió el pensamiento de dirigirse directamente y en persona á uno de los mas conocidos industriales de la ciudad. «Si el buen ejemplo viene de lo alto, decia en su interior, será mas eficaz.»

Llamóle, pues el Cardenal, á su palacio. Ufano y alegre el digno comerciante con tal prueba de estimacion por parte de su Arzobispo, correspondió al dia siguiente á la invitacion recibida. Mas cuando su eminencia, despues de algunos momentos de conversacion indiferente, pasó á explicarle el objeto de aquella entrevista, y pidióle por último que, para buen ejemplo de los demás, se dignase en los dias festivos cesar de todo tráfico y venta, el comerciante replicóle al punto con mucho respeto, pero con una conviccion que dejaba al buen Cardenal poca esperanza de ver realizadas las suyas, que aquello le era absolutamente imposible; que sus intereses comerciales sufrirían gran quebranto, y que con adoptar aquella medida peligraría el porvenir de sus hijos. Mil otras razones añadió, que á su modo de ver eran á cual mas importante.

Despues de algunos momentos de una sincera discusion entre el Arzobispo y el negociante, que si bien era en el fondo católico, habia olvidado que, cuandose busca con preferencia el Reino de Dios, lo demás se nos dá por añadidura, su eminencia, como inspirado, exclamó de repente:

—Pues bien, voy á hacerle una propuesta: cese usted desde luego en todo negocio en los dias festivos; calcule exactamente todas las noches la ganancia de aquel dia, y si al fin del

año no iguala á la del año anterior, yo me obligo á... pagar el déficit.

—Señor Cardenal, Vd. se chancea...

—Pero con la condicion, replicó el Cardenal, que si, por el contrario, la ganancia fuere mayor, usted me entregará el exceso para mis actos de beneficencia.

Pasó un año, y el Cardenal ya no pensaba en su compromiso ni con el que habia contraído el rico comerciante, cuando un dia se presenta éste al Arzobispo:

—Eminencia. le dice en tono risueño, vengo á pagar mi compromiso: aquí están *seis mil francos*, que son el excedente de mis ganancias de este año sobre el anterior.

El buen ejemplo no habia dejado de producir su fruto, porque en el decurso del año, muchos otros comerciantes cristianos de buena voluntad, pero débiles y vacilantes, se habian decidido á observar la ley de la Iglesia en todo su rigor, cerrando el despacho de sus negocios los domingos y dias festivos.

X.

### MAXIMAS Y PENSAMIENTOS.

El medio mas seguro de enriquecerse es consagrarse á una sola ocupacion.

La paciencia contra la injusticia, es como la ropa contra el frio. Si el frio aumenta se aumenta el abrigo.

Juzgad al hombre por su manera de hablar y tambien por su manera de callar.

Los que ignoran todo aquello que no es preciso saber, no pasarán nunca por ignorantes.

No hay título mas noble que el del hombre honrado; título mas glorioso que todos cuantos puede dar la fortuna.

Se debe desconfiar del hombre que no tiene mas talento que el de la elocuencia; porque como solo se preocupa de hablar bien, suele no acordarse de obrar lo mismo.

El que envidia el bien ageno, sacrifica la tranquilidad que el propio bien puede proporcionarle.

Mas gloria hay en merecer coronas que en llevarlas.

Dichoso el que permanece en el puerto á donde la tempestad le arroja; no hay que obligar á la fortuna á hacer dos veces el milagro de salvarnos.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.